



## UNIVERSIDADES Y PAZ\*

*HORACIO CERUTTI GULDBERG*

**A**brí esta serie de artículos preguntando si necesitaban defensa las universidades públicas. Respondí que sí, siempre y cuando fuera inteligente y por tal entendí no la defensa a ultranza, que oculta deficiencias, sino una defensa autocrítica. Nunca pensé que tan rápidamente habría que insistir en ella frente a una campaña de desprestigio, que, si nos descuidamos, afecta a toda la vida universitaria y a la educación como tal. No es, por cierto, la primera vez en nuestra historia que las instituciones educativas son vistas como peligrosas y enemigas por otros segmentos de la sociedad. Sin embargo, en tiempos de necesaria consolidación de la democracia como forma de vida y no exclusivamente como procedimiento de acceso al gobierno, es menester examinar con cuidado esta situación.

El síndrome de una universidad productora, por su misma naturaleza, de vagos, subversivos, rebeldes, inconformes, etc., ha sido llevado y traído en la región latinoamericana por lo menos desde los tiempos de los que podrían denominarse populismos históricos. Estos se caracterizaron, en alguna de sus facetas al menos, por propiciar un odio a la inteligencia que muy fácilmente se asoció a los gritos casi coetáneos de muera la inteligencia entonados con diferentes modulaciones por falangismos, fascismos y nazismos europeos. Aquí, en Nuestra América, sin embargo, este odio atizó la indignación, muchas veces legítima, de grandes masas de la pobla-

ción que veían a los universitarios como juniors privilegiados, ajenos a sus sufrimientos y necesidades. Por eso se gritaba en contra de los libros, de las teorías, de las discusiones, aparentemente interminables y a favor de las soluciones concretas, pragmáticas, supuestamente eficientes. Claro que esto iba acompañado de pugnas político-ideológicas más profundas. En algunas universidades había opositores a esos gobiernos populistas, que no ocultaban sus críticas ni mucho menos detenían su quehacer por modificar situaciones que consideraban intolerables. No siempre las críticas fueron atinadas, mucho menos eficaces y generalmente desenfocadas. Pero, aquellos tiempos acostumbraron a la opinión pública de algunos países de la región a aceptar que la vida universitaria estaba un poco al margen de la vida cotidiana, a visualizar a las universidades como normalmente conflictivas, a desconfiar todavía más de la inteligencia. Y aumentó proporcionalmente la suspicacia respecto de un quehacer poco sumiso. De ahí a lo que vino después, cuando en los sesentas las universidades se llenaron de discusiones y agitación por un subcontinente requerido de cambios y fueron inmediatamente acordonadas para impedir que el mal de la movilización crítica se extendiera al resto de la sociedad, hubo sólo un paso que se acompañó con la denigración de universidades exclusivamente politizadas y sin producción intelectual. Focos de subversión. Es cierto que hubo en ellas mucho de ideologización vacua y esterilizante de lo mejor del pensamiento crítico. Pero, también es cierto que sólo pensar la realidad se convirtió en mala palabra. El caso del jesuita español-salvadoreño Ignacio Ellacuría y sus compañeros es paradigmático. Se pasaron años insistiendo en la necesidad de la paz y criticando ácremente a tirios y troyanos en una guerra bloqueada. Los mataron, esparciendo sus sesos -¿símbolo de su pensamiento indoblegable?- y al poco tiempo tuvo que firmarse en

\* Suplemento Universitas de Uno Más Uno. México, Febrero 15 de 1995.